

Dios existe

Antony Flew  
con Roy Abraham Varghese

Prólogo a la edición española de Francisco José Soler Gil  
Traducción de Francisco José Contreras

E D I T O R I A L T R O T T A

## CONTENIDO

Prólogo a la edición española: <i>Francisco José Soler Gil</i> .....	9
Prefacio: <i>Roy Abraham Varghese</i> .....	23
Introducción.....	35

### I. MI NEGACIÓN DE LO DIVINO

1. La creación de un ateo .....	41
2. Donde lleve la evidencia .....	53
3. El ateísmo detenidamente considerado.....	73

### II. MI DESCUBRIMIENTO DE LO DIVINO

4. Una peregrinación de la razón.....	85
5. ¿Quién escribió las leyes de la naturaleza?.....	91
6. ¿Sabía el universo que nosotros veníamos?.....	103
7. ¿Cómo llegó a existir la vida? .....	109
8. ¿Salió algo de la nada? .....	117
9. Buscando un lugar para Dios.....	125
10. Abierto a la omnipotencia.....	131

<i>Apéndices</i> .....	135
------------------------	-----

Apéndice A: El «nuevo ateísmo»: Una aproximación crítica a Dawkins, Dennett, Wolpert, Harris y Stenger: <i>Roy Abraham Varghese</i> .....	137
---	-----

Apéndice B: La autorrevelación de Dios en la historia humana: Un diálogo sobre Jesús con N. T. Wright: <i>Antony Flew</i> y <i>N. T. Wright</i> ....	151
--	-----

## PREFACIO

*Roy Abraham Varghese*

«Famoso ateo cree ahora en Dios. Uno de los líderes mundiales del ateísmo ha pasado a creer en Dios, basándose en la evidencia científica». Este era el titular de una crónica de Associated Press del 9 de diciembre de 2004, que continuaba de esta forma: «Un profesor de Filosofía británico que había sido uno de los campeones intelectuales del ateísmo durante más de medio siglo ha cambiado de opinión. Ahora cree en Dios, basándose en parte en la evidencia científica, y lo cuenta en un vídeo difundido el pasado jueves». Casi inmediatamente, el anuncio se convirtió en un acontecimiento mediático que suscitó debates y comentarios en todo el mundo, en la radio y en la televisión, en los periódicos y en los sitios de Internet. La historia despertó un interés tal, que Associated Press emitió dos notas más, que completaban la información inicial. El protagonista de esta, y de gran parte de la especulación subsiguiente, era el profesor Antony Flew, autor de más de treinta obras de filosofía académica durante medio siglo. De hecho, su «Teología y falsificación», un artículo presentado por primera vez en 1950 en un encuentro del Oxford University Socratic Club, presidido por C. S. Lewis, se convirtió en la publicación filosófica más veces reimpresa del siglo XX. Ahora Flew expone por primera vez los argumentos y datos que le llevaron a cambiar de opinión. Este libro, en cierto sentido, representa el final del caso Flew.

Yo jugué algún papel en todo ello porque había colaborado en la organización del simposio y el vídeo en el que Tony Flew anunció lo que más tarde llamó humorísticamente su «conversión». De hecho, desde 1985, yo había ayudado a organizar varios congresos en los que Flew había argumentado a favor del ateísmo. Así que este libro es, en lo que a mí se refiere, la culminación de un viaje comenzado hace más de dos décadas.

Curiosamente, la reacción de los correligionarios ateos de Flew a la noticia de Associated Press rayó en la histeria. Una web atea encargó a un corresponsal que enviara actualizaciones mensuales sobre el alejamiento de Flew de la verdadera fe. Los insultos necios y las caricaturas grotescas sobre Flew abundaron en la blogosfera librepensadora. Las mismas personas que solían quejarse de la Inquisición y de la quema de brujas se entregaban ahora a su propia caza de herejes. Los defensores de la tolerancia resultaban no ser demasiado tolerantes. Según parece, los fanáticos religiosos no tienen el monopolio del dogmatismo, la incivilidad, el sectarismo y la paranoia.

Pero las turbas furiosas no pueden reescribir la historia. Y la posición de Flew en la historia del ateísmo supera todo lo que los ateos actuales puedan ofrecer.

### *La relevancia de Flew en la historia del ateísmo*

No es arriesgado decir que, en los últimos cien años, ningún filósofo ha desarrollado el tipo de exposición —sistemática, omnicomprendiva, original e influyente— del ateísmo que puede encontrarse en los cincuenta años de escritura antiteológica de Antony Flew. Antes de Flew, las grandes apologías del ateísmo fueron las de los pensadores de la Ilustración como David Hume y los filósofos alemanes del siglo XIX como Arthur Schopenhauer, Ludwig Feuerbach y Friedrich Nietzsche.

¿Qué decir, entonces, de Bertrand Russell (que aseguró —bastante inverosímilmente— ser agnóstico, aunque fue un ateo en la práctica), Sir Alfred Ayer, Jean-Paul Sartre, Albert Camus y Martin Heidegger, todos ellos ateos del siglo XX, y anteriores a Flew? En el caso de Russell, es bastante obvio que no produjo más que unos cuantos panfletos polémicos sobre sus ideas escépticas y su desdén hacia la religión organizada. Sus obras *Religión y ciencia* y *Por qué no soy cristiano* fueron simples antologías de artículos; en realidad, Russell no produjo una filosofía sistemática de la religión. En el mejor de los casos, atrajo la atención sobre el problema del mal y buscó refutar los argumentos tradicionales a favor de la existencia de Dios, pero sin ofrecer nuevos argumentos propios. Ayer, Sartre, Camus y Heidegger tienen algo en común: se centraron en generar una forma específica de discusión filosófica, una de cuyas consecuencias era la negación de Dios. Tuvieron sus propios sistemas de pensamiento, y el ateísmo era un subproducto de los mismos. Había que comprar sus sistemas filosóficos completos si se quería comprar su ateísmo. Lo mismo se puede decir sobre nihilistas posteriores como Richard Rorty o Jacques Derrida.

Por supuesto, hubo grandes filósofos de la generación de Flew que fueron ateos: W. V. O. Quine y Gilbert Ryle son ejemplos obvios. Pero ninguno de ellos dio el paso de desarrollar argumentos extensos para apoyar sus creencias personales. ¿Por qué? En muchos casos, los filósofos profesionales de aquella época no sentían ninguna inclinación a manchar sus delicadas manos implicándose en discusiones tan populares y vulgares. En otros, el motivo era la prudencia.

Ciertamente, en años posteriores hubo filósofos ateos que examinaron críticamente y rechazaron los argumentos tradicionales a favor de la existencia de Dios. Estos van desde Paul Edwards, Wallace Matson, Kai Nielsen o Paul Kurtz hasta J. L. Mackie, Richard Gale o Michael Martin. Pero sus obras no cambiaron la agenda y el marco de la discusión en la forma en que sí lo hicieron las innovadoras publicaciones de Flew.

¿En dónde residía la originalidad del ateísmo de Flew? En «Teología y falsificación», *Dios y la filosofía* y *La presunción de ateísmo*, Flew desarrolló argumentos novedosos contra el teísmo que, en algunos aspectos, trazaban un camino para la filosofía de la religión posterior. En «Teología y falsificación», planteó la cuestión de si las afirmaciones religiosas pueden tener significado (su archicitada expresión «muerte de las mil cualificaciones» sintetiza esto memorablemente); en *Dios y la filosofía*, sostuvo que la discusión sobre la existencia de Dios no puede comenzar en tanto no se haya demostrado la coherencia del concepto de un espíritu omnipresente y omnisciente; en *La presunción de ateísmo*, afirmó que la carga de la prueba recae sobre el teísmo, y que el ateísmo debería ser la posición adoptada «por defecto». De paso analizó, por supuesto, los argumentos tradicionales para la existencia de Dios. Pero fue su reinención de los marcos de referencia lo que cambió toda la naturaleza de la discusión.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, el abandono del ateísmo por parte de Flew fue un acontecimiento histórico. Pero es poco conocido que, incluso en su etapa atea, Flew ya había, en cierto sentido, abierto la puerta a un teísmo nuevo y revitalizado.

### *Flew, el positivismo lógico y el renacimiento del teísmo racional*

Aquí está la paradoja. Al sostener que es legítimo discutir las afirmaciones teológicas y desafiar a los filósofos de la religión a esclarecer sus tesis, Flew facilitó el renacimiento del teísmo racional en la filosofía analítica después de los días oscuros del positivismo lógico. Un poco de información de fondo resultará valiosa en este punto.

El positivismo lógico, como quizás algunos recuerden, fue la filosofía introducida por un grupo llamado Círculo de Viena a principios de la década de 1920, y popularizada por A. J. Ayer en el mundo anglófono con su obra de 1936 *Lenguaje, verdad y lógica*. Según los positivistas lógicos, las únicas afirmaciones con sentido son aquellas que pueden ser verificadas por medio de la experiencia sensible, o bien aquellas que son verdaderas simplemente en virtud de su estructura y el significado de las palabras que emplean. Así, una afirmación tenía sentido si su verdad o falsedad podían ser comprobadas mediante la observación empírica (por ejemplo, la investigación científica). Las afirmaciones de la lógica y de las matemáticas puras eran tautologías; es decir, eran verdaderas por definición; eran simplemente combinaciones de símbolos que no expresaban ninguna verdad sobre el mundo. No había nada más que pudiera ser conocido o discutido coherentemente. En el corazón del positivismo lógico estaba el principio de verificación: la tesis según la cual el significado de una proposición consiste en su verificación. El resultado era que solo tenían sentido las afirmaciones de la ciencia, la lógica o las matemáticas. Las afirmaciones de la metafísica, la religión, la estética y la ética literalmente carecían de sentido, pues no podían ser verificadas mediante métodos empíricos. No eran válidas ni inválidas. Ayer dijo que era tan absurdo ser ateo como ser teísta, ya que la afirmación «Dios existe» simplemente no significa nada.

Hoy día muchas obras de introducción a la filosofía asocian la posición de Flew en «Teología y falsificación» con el ataque neopositivista a la religión al estilo de Ayer, ya que ambos cuestionan la significatividad de las afirmaciones religiosas. El defecto de esta perspectiva es que no refleja en modo alguno la verdadera opinión de Flew, entonces o ahora, sobre el asunto. En realidad, lejos de pretender apuntalar la visión positivista de la religión, Flew entendió su artículo como el último clavo en el ataúd de esa forma particular de hacer filosofía.

En un acto que organicé en 1990 para conmemorar el cuadragésimo aniversario de la publicación de «Teología y falsificación», Flew afirmó:

Cuando era estudiante, llegué a estar cada vez más frustrado y exasperado por los debates filosóficos que parecían recaer siempre en —y no dar un solo paso adelante desde— el positivismo lógico brillantemente expuesto en [...] *Lenguaje, verdad y lógica* [...]. La intención de ambos trabajos [la primera versión de «Teología y falsificación», presentada en el Socratic Club, y la segunda, publicada en *University*] era la misma. En lugar de anunciar arrogantemente que cualquier cosa que un creyente religioso pueda decir debe ser descartada *a prio-*

*ri* como algo que supuestamente implica la violación del sacrosanto principio de verificación —curiosamente tratado como una Revelación secular— preferí ofrecer un desafío más modesto. Dejemos a los creyentes hablar por sí mismos, individual y separadamente.

La historia es retomada en el presente libro, donde Flew comenta de nuevo el origen de su celebrado artículo:

Durante mi último curso en la Universidad de Oxford, la publicación del libro de A. J. Ayer, *Lenguaje, verdad y lógica*, había persuadido a muchos miembros del Socratic Club de que la herejía ayeriana del positivismo lógico —la tesis según la cual todas las proposiciones religiosas carecen de relevancia cognitiva— tenía que ser refutada. El primer y único trabajo que leí en el Socratic Club, «Teología y falsificación», proporcionaba lo que yo entonces consideré una refutación suficiente. Creía que había conseguido una victoria total y que no había lugar a debate ulterior.

Como muestra cualquier historia de la filosofía, el positivismo lógico entró verdaderamente en crisis en la década de 1950 a causa de sus incoherencias internas. De hecho, el propio Sir Alfred Ayer, en su contribución a una antología que edité, afirmó:

El positivismo lógico murió hace mucho tiempo. No creo que mucho de lo que dije en *Lenguaje, verdad y lógica* sea verdad. Creo que es una obra llena de errores. Me parece que fue un libro importante en su momento porque tuvo una especie de efecto catártico [...]. Pero cuando se desciende a los detalles, creo que está lleno de errores, y he dedicado los cincuenta años siguientes a intentar corregirlos<sup>1</sup>.

En todo caso, la ruptura con el positivismo lógico y las nuevas reglas del juego establecidas por Flew proporcionaron un nuevo ímpetu al teísmo filosófico. Numerosas e importantes obras teístas —dentro de la tradición analítica— han sido escritas desde entonces por pensadores como Richard Swinburne, Alvin Plantinga, Peter Geach, William P. Alston, George Mavrodes, Norman Kretzmann, James F. Ross, Peter Van Inwagen, Eleonore Stump, Brian Leftow, John Haldane y muchos otros en las últimas tres décadas. No pocos de ellos abordan problemas como

1. Sir Alfred Ayer, «The Existence of the Soul», en Roy Abraham Varghese (ed.), *Great Thinkers on Great Questions*, OneWorld, Oxford, 1998, p. 49.

la significatividad de las afirmaciones sobre Dios, la coherencia lógica de los atributos divinos y la cuestión de si la creencia en Dios es «básica»: es decir, precisamente los problemas planteados por Flew en el debate que buscó generar. El giro hacia el teísmo fue destacado por una portada de *Time* en abril de 1980: «En una revolución silenciosa en el pensamiento y la argumentación que casi nadie habría previsto hace solo dos décadas, Dios está retornando. De manera fascinante, ello está ocurriendo [...] en los selectos círculos intelectuales de los filósofos académicos»<sup>2</sup>.

### *El nuevo ateísmo, o el positivismo redux*

A la luz de este proceso histórico, la repentina aparición de lo que se ha dado en llamar «nuevo ateísmo» presenta un interés particular. El año del «nuevo ateísmo» fue 2006 (la expresión fue usada por primera vez por la revista *Wire* en noviembre de 2006). Desde *Rompiendo el conjuro* de Daniel Dennett y *El espejismo de Dios* de Richard Dawkins, hasta *Seis cosas imposibles antes del desayuno* de Lewis Wolpert, *El cosmos comprensible* de Victor Stenger y *El fin de la fe* de Sam Harris (publicado en 2004, pero su secuela, *Carta a una nación cristiana*, salió en 2006), los exponentes de un ateísmo airado y dispuesto a no hacer prisioneros hicieron una demostración de fuerza. Lo que era importante en estos libros no era su nivel de argumentación —que era modesto, por decirlo suavemente— sino el nivel de visibilidad que recibieron como *best seller* y como «nueva» historia descubierta por los medios de comunicación. La «historia» fue reforzada, además, por el hecho de que la volubilidad y colorido de los autores estaban a la altura de la fiereza de sus libros.

El blanco principal de los ataques contenidos en esos libros es, sin duda, la religión organizada de cualquier tipo, tiempo o lugar. Paradójicamente, los propios libros suenan como sermones fundamentalistas. Los autores, en su mayor parte, parecen predicadores incendiarios que nos amenazan con duros castigos, incluso con el apocalipsis, si no abandonamos nuestras creencias extraviadas y las prácticas asociadas a ellas. No hay espacio en ellos para la ambigüedad o la sutileza. Todo es blanco o negro. O estamos con ellos, o estamos con el enemigo. Incluso algunos pensadores eminentes que expresan un mínimo de empatía con la parte contraria son denunciados como traidores. Y los propios evangelistas [del ateísmo] se ven a sí mismos como espíritus valientes que intentan transmitir urgentemente su mensaje, ante el martirio inminente.

2. «Modernizing the Case for God»: *Time*, 7 de abril de 1980.